

entrada la década del sesenta. Tanto es así que yo pensaba que había estafado a mis pobres editores. Porque cuando me pasaban la liquidación de las ventas, veía que sólo se vendían siete ejemplares por año o una cifra similar.

—*¿Es, de sus novelas, la que gusta más?*

—Posiblemente. Bueno, al director de cine le había gustado tanto *La invención de Morel* que le regaló un ejemplar del libro a su novia, como demostración del gran cariño que sentía por ella. Poco después, la muchacha, por descuido, perdió la novela. Durante un tiempo, trató de ocultarle al novio que la había extraviado, pero vivía esto con muchísima angustia, porque creía que él no se iba a casar nunca con ella si descubría lo que le había sucedido. Pero, finalmente, la joven le confió su secreto a Ginebra Bompiani y le pidió que, por favor, le consiguiera otro ejemplar de *La invención de Morel*. Como nadie tenía ejemplares, Ginebra, a su vez, recurrió a Juan Rodolfo Wilcock, y éste le hizo llegar un ejemplar.

—*¿Cómo siguió la historia, qué pasó con la joven?*

—Felizmente, pudo continuar su relación sentimental y también casarse con el director de cine.

—*Mencionó a Wilcock, ¿se refiere al escritor argentino que reside en Italia?*

—Sí, claro. Wilcock es una de las personas más inteligentes que he conocido y por la que siento un gran afecto. Wilcock era un ingeniero que trabajaba dentro de su profesión y que, por disidencias políticas (en la primera época peronista), tuvo que irse del país. Tenía un aspecto sumiso y una vocecita muy suave, pero era capaz de decir las cosas más irónicas y terribles. En Italia se convirtió en un escritor de mérito. Una vez, Alberto Moravia dijo: yo soy un escritor de fama, pero Wilcock es un escritor respetado.

—*El respeto de los lectores es la máxima aspiración de un escritor?*

—Desde luego.

—*¿Qué otras aspiraciones tiene usted?*

—Escribir para los lectores, precisamente, y no para mí o para un grupo de amigos. Esto requiere que los seres que uno crea sean personajes literarios

y no proyecciones del autor. Hay tantos que hoy en día escriben para lucirse, para mostrar lo que saben... Yo aspiro a contar historias con la mayor sencillez, sin subestimar, por supuesto, la ambigüedad inteligente, a veces necesaria para la elaboración de un cuento. Además, tiendo, con mayor frecuencia que en mis comienzos, a utilizar el diálogo, porque es muy vital y facilita la lectura. Y prefiero, en este último tiempo, escribir relatos que no presenten situaciones demasiado inverosímiles, violentas o extrañas.

*—Además de cuentos y novelas usted también escribió teatro. ¿Qué resultados obtuvo de esta experiencia?*

—No fue muy positiva que digamos. Tengo dos piezas: la comedia *Una cueva de vidrio* y *Un viaje al oeste*, que abandoné en el segundo acto. La primera intentaba ser una obra política; y como yo odio la política, los personajes resultaron ser cualquier cosa. Pero me consuelo pensando que a Flaubert le pasó lo mismo con *El candidato*. Todos los personajes eran fantoches; los míos también. Lo que ocurre es que, aunque me gusta mucho el teatro, no soy un espectador asiduo y, a pesar de que no creo en los géneros, o en la rigidez de los géneros, porque la creación es una, hay ciertas técnicas, propias de cada género, que el artista debe conocer profundamente. De lo contrario, tiene asegurado su fracaso.

### **Viajar por los días**

*—Usted ha viajado mucho; primero, con sus padres; después, con Silvina Ocampo y con amigos. Ha realizado viajes de placer y viajes profesionales. ¿Qué repercusión tienen en un escritor los viajes?*

—La importancia que tiene viajar no es para el escritor, sino para su vida. Los días, uno mismo, tienden a repetirse. Y cuando se está de viaje suceden muchas cosas fuera de lo habitual. Constant pensaba que cada día debía acabar con una propuesta consumada, con algún pequeño logro personal. En su diario íntimo registraba sus propuestas, también sus logros y sus fracasos. La lista de sus propuestas era, más o menos, la siguiente: uno, amor físico; dos, trabajar; tres, romper con Madame de Staël. Luego, anotaba el resultado: uno, regular; dos, regular; tres, trestrestres.

*—¿En sus viajes habrá conocido a gente de renombre?*

—En 1949 conocí, en París, a Octavio Paz y a Elena Garro. Paz me presentó a André Breton. Le aclaro que Breton y el surrealismo me parecen

una estupidez, a pesar de que, en mis comienzos, fui un tanto surrealista. Recuerdo que Breton fingía estar entusiasmado con unos jeroglíficos que, según decía, contenían mensajes escandalosos, pero como no podía dibujar ninguno, y ante mi cara de escéptico, mandó a una hermosa muchacha, que lo acompañaba, que fuera a buscarlos a su casa. Le indicó que estaban sobre el piano, debajo de una calavera. Por supuesto, la muchacha regresó sin encontrarlos. Pienso que André Breton tuvo mucha voluntad y poca representación, igual que el surrealismo, del que fue su principal progenitor. En aquella ocasión, en aquel viaje, de quien me hice muy amigo fue del *chef* de un restaurante del sur de Francia. Me interesan más las personas que ciertos escritores.

—*¿No todos son lo que parecen?*

—Claro, en varios sentidos. Por ejemplo, Hardy, el escritor inglés, tenía el aspecto de un contable y, sin embargo, era excelente. Fue el último escritor que mandó sus manuscritos a la imprenta redactados de su puño y letra, y con una caligrafía impecable.

—*¿Cómo es usted?*

—Soy un hombre de gustos sencillos. Siempre estoy tratando de engordar. Un poquito demasiado basta para mí. Puedo llegar a tomar de tres a cuatro tazas de té con cuatro o cinco miñones o felipes. Me gusta mucho el pan y soy muy exigente en esto. Después, sólo las comidas esenciales: papa, carne, agua y, desde luego, pan.

—*¿Qué me puede decir de su vida pública?*

—Que es prácticamente nula. No se imagina lo que sufro cuando me piden que dé una charla o una conferencia. Si algunas veces acepto, después de muchos retaceos, es porque pienso en mi madre. Pienso en ella y, entonces, me sobrepongo y hablo en público. Pero siempre tengo la sensación de que los demás reciben poco de mí. Qué les puedo dar yo, que digo tantas estupideces. Lo que reciben, suma cero. Es mejor evitarme este sufrimiento y que yo les ahorre el tener que oírme. El escritor no tiene por qué ser un orador. Su campo de acción es la palabra escrita. Por otra parte, las apariciones públicas no redundan en un mayor aprecio. Y, para los que ya te aprecian, las actuaciones públicas no añaden nada. Incluso, como dice Hardy, uno es un pensamiento pasajero en la mente de la gente que más nos quiere.

*–¿Cómo se llega a ser Bioy Casares huyendo de la publicidad?*

–Mis defectos me salvaron de la promoción. Tengo poca facilidad de palabra y nunca pude convertirme en difusor propio. Antes existían un editor, un distribuidor y un librero; ahora quieren que el escritor sea todo eso.

*–¿Qué significa para usted la fama?*

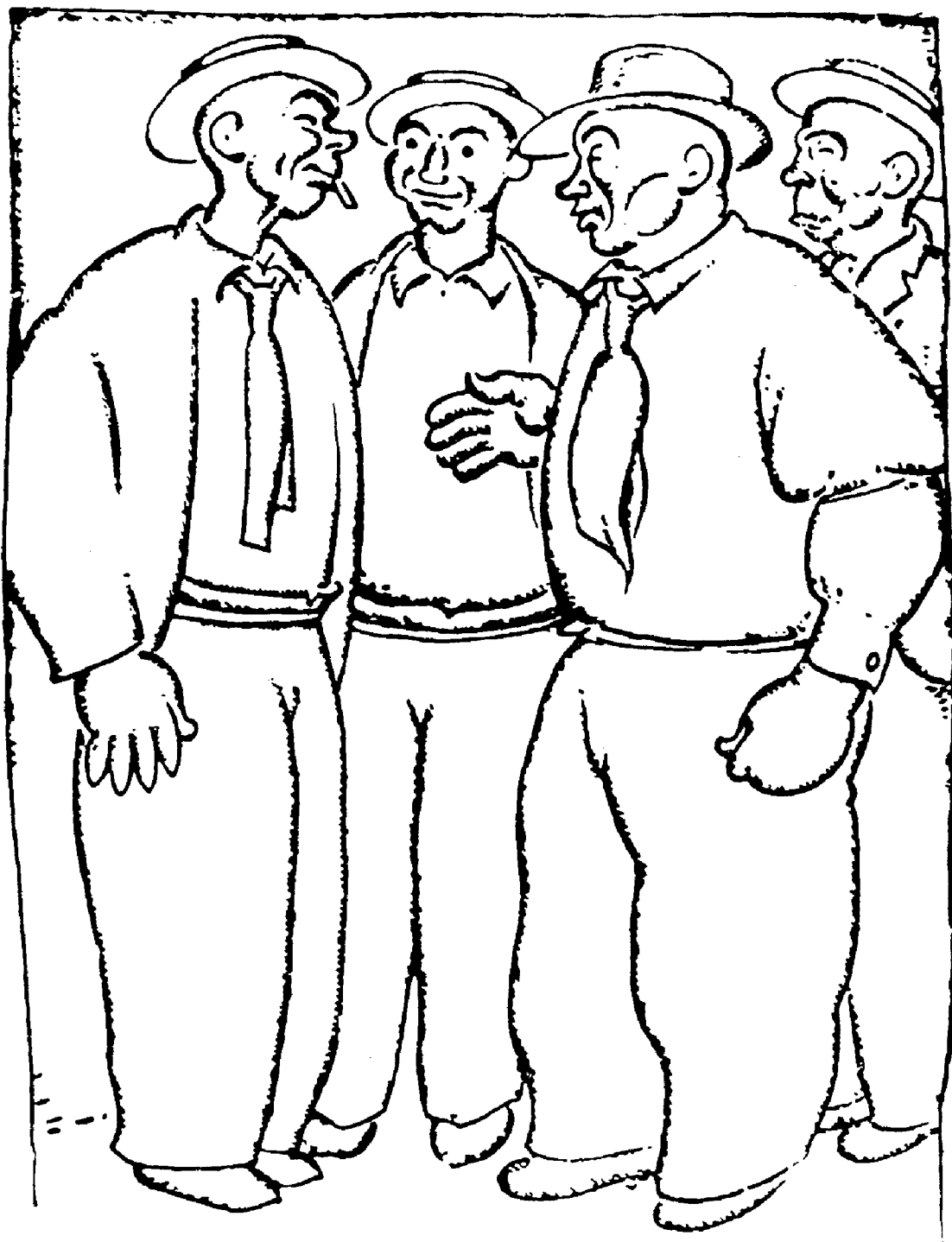
– Una situación falsa. Se admira a la gente por prodigios no logrados, porque los libros están llenos de defectos, aunque uno intente siempre escribir obras maestras.

*–¿Aborrece usted de los escritores demasiado profesionales?*

–A veces es más decoroso el escritor profesional que el genio vanidoso. También puedo decirle que, como miembro de varios jurados en concursos literarios, los originales peores son los que llevan el sello del registro de la propiedad intelectual.

*\* La presente entrevista a Adolfo Bioy Casares es producto de una larga conversación que mantuve con el autor argentino, en el año 1977, en su elegante piso de la calle Posadas, en la ciudad de Buenos Aires. Parte de esta conversación salió publicada en la revista Siete Días (Buenos Aires, 29 de julio de 1977) con el título «Soy un pensamiento pasajero en la mente de los que me quieren». Reina Roffé.*

VELLOS SOCIOS DO CENTRO -- Por CASTELAO



—Ven acá, chico, ¿e cando será dos galegos o «Centro Gallego».  
—O día primeiro de ano.

*Hoy* (22-12-38)